

Hasta hace poco, los defensores de la virtud y de las buenas costumbres hacían una descripción desoladora de la homosexualidad: "Los gays —decían— son exageradamente promiscuos. Desarrollan su sexualidad de modo sórdido. Tienen propensión a la infidelidad o al concubinato. Son inestables emocionalmente. E incluso hay un porcentaje muy alto de ellos que manifiestan perversiones aberrantes, como la pedofilia". Eran acusaciones terribles, pero lo cierto es que, aunque las negábamos indignados, eran casi verdaderas. Quienes podían, en efecto, coleccionaban amantes con una furia bíblica. Las relaciones sentimentales no duraban mucho, y las que duraban estaban salpicadas siempre de adulterios y deslices. Las saunas, los baños públicos y los cuartos oscuros se usaban como alcobas de encuentros apresurados y poco higiénicos. Los casos de depresión clínica eran abundantes, y las psicopatías sexuales —las perversiones— resultaban proporcionalmente muy numerosas. Todo esto era cierto, y así se hacía saber con fanfarrias y altavoces cada vez que había ocasión. Lo que no decían nunca los prego-

se para sobrevivir. Mientras a él le ocurría todo eso, sus compañeros, los chicos junto a los que había crecido, paseaban con sus novias por los parques y las llevaban a bailar a verbenas. Las presentaban orgullosos a sus amigos y las invitaban a comer con sus familias. Hacían planes, compartían vacaciones, se escribían cartas de amor.

¿A quién puede escandalizarle que alguien como Antonio Ruiz acabara siendo promiscuo, fornicara en lugares sórdidos, padeciera neurosis graves e incluso desarrollara comportamientos antisociales? Sólo a un fariseo o a un obispo (si se me permite la redundancia). En realidad, deberíamos asombrarnos de que tantos adolescentes frágiles a los que se privó de educación sentimental hayan sabido seguir viviendo con dignidad y no estén ahora en manicomios o en cementerios. Y no me refiero sólo a quienes como Antonio Ruiz sufrieron persecución policial y llevaron vidas novelescas, sino a todos los que crecieron fingiendo ser lo que no eran y callando lo que sentían. Hace años conocí a un muchacho a quien sus padres habían inscrito en una catequesis católica permanente para que le enderezaran allí de sus torcedu-

de ambiente, pero no había en ellos exhibicionismo ni vanidad: sólo amor, amor corriente de muchachos jóvenes que antes de entrar al cine quieren comerse un bocadillo y esperar. Imaginé que a menudo salían con los amigos de la universidad o del trabajo y se hacían las mismas carantoñas, y que los domingos y fiestas de guardar los padres de uno invitarían a comer al otro y discutirían en la sobremesa de política o de fútbol. Imaginé que irían de vacaciones con sus hermanos y con las novias de sus hermanos. Que una de sus abuelas tejería jerseys para los dos. Que se besarían delante de los portales. Mientras les miraba, fantaseando con todo eso, y me acordé de Antonio Ruiz y de esos hombres —yo mismo— que perdieron con fingimientos los mejores años de su vida o su vida entera. Y como soy bastante inestable emocionalmente, me puse a llorar justo cuando era mi turno de pedir el bocadillo.

No sé si los gays y las lesbianas que tienen hoy la edad de descubrir el mundo serán por fin virtuosos, pero sé que muchos de ellos pueden al menos decidir si quieren serlo. En eso está el principio de la felicidad. Del sosiego que Antonio Ruiz nunca tuvo.



Los amores corrientes

Por Luisgé Martín

neros de la virtud es que ellos no sólo eran los avisadores de esos alborotos, sino también —y sobre todo— sus causantes.

En el libro de Fernando Olmeda *El látigo y la pluma* se cuentan las historias sombrías de muchos homosexuales que fueron perseguidos, condenados y humillados por el simple hecho de serlo. Una de esas historias, la de Antonio Ruiz, me parece ejemplar para mostrar los extravíos que provocan casi siempre las buenas costumbres. A los dieciocho años, cuando se dio cuenta de que era homosexual, Antonio se armó de valor y se lo confesó a su madre. Su propósito, sin duda, era encontrar el calor de la comprensión y abrigarse en él para poder desarrollar una vida normal. Su madre, alarmada, se lo contó a un pariente, quien a su vez pidió ayuda a una monja. La monja le denunció a las autoridades con el fin de que le reeducaran para salvar su alma. Antonio, entonces, fue detenido, golpeado y violado. Trataron de convertirle en delator y le encarcelaron. Después de meses, recobró la libertad, pero sus antecedentes penales le impidieron encontrar trabajo, y durante seis años tuvo que prostituir-

ras sexuales, y el muchacho, a los veinticinco años, no sabía bien si hacerse fraile o *drag-queen*. Otro, huyendo de la reprobación social, había acudido a un psiquiatra conductista para que a base de descargas eléctricas le cambiara las tendencias pervertidas que tenía. Y otros más —casi todos— habían crecido disimulando sus amores, mintiendo. ¿Era sensato esperar de estas personas paciencia, templanza y caridad? ¿Era razonable creer que serían ciudadanos ejemplares?

Hace algunos meses, en los días en los que estaba leyendo el libro de Fernando Olmeda, entré a cenar una noche en una bocadillería de la Plaza de España, muy lejos de Chueca. Detrás de mí, en la cola, se pusieron dos chicos de apenas dieciocho años —dos varones—, que habían llegado cogidos de la mano y se acariciaban. Tenían los dos esa belleza candorosa y mansa que sólo dura la primera juventud, pero no llamaban la atención por ella, sino por el aire confiado con que se besaban en los labios o se apartaban uno al otro el pelo de la frente. Se comportaban con un atrevimiento que hasta hace pocos años sólo habría sido tolerado en bares

Deberíamos
asombrarnos de que
tantos adolescentes
Frágiles a los que se
privó de educación
sentimental hayan
sabido seguir viviendo
con dignidad y no
estén ahora en
manicomios o en
cementerios

Luisgé Martín (Madrid, 1962) es escritor. Ha publicado los libros de relatos *Los oscuros* (1990) y *El alma del erizo* (2002) y las novelas *La dulce ira* (1995) y *La muerte de Tadzio* (2000). En marzo de este año publicará en AlFaguara su última novela, *Los amores confiados*.